El País. 6 de Octubre de 1984.

A. ÁLVAREZ CABALLERO

Tres sesiones memorables

En Sevilla, Triana y... la Alameda. Aquí el arte flamenco escribió muchas páginas de historia que no han quedado en los libros. La III Bienal de Sevilla tuvo el acierto —uno más entre tantos que se le deben reconocer— de traer a la Alameda uno de sus ciclos más emotivos. La plaza del Lucero, que no se encuentra en los callejeros, ha dado acogida a tres sesiones que no dudo en calificar de memorables.

Ecos de la Alameda nos trajo el cante de algunos viejos nombres hoy casi olvidados, nunca demasiado conocidos. Manolo Fregenal quedará en la historia como un fandanguero personal y nada más; con gran penuria de facultades ya, estos artistas siguen cantando de una manera distinta a la de hoy, y tienen su encanto. Distinto es el caso de La Tomasa y Pies de Plomo; matrimonio en la vida real, son ejemplo de esos otros artistas que el público en general desconoce porque nunca hicieron una carrera profesional; son los padres de José, *el de la Tomasa,* uno de los más firmes valores de las jóvenes generaciones de *cantaores* que vienen exigiendo un sitio. Tomasa es hija de Pepe Torre, hermano de Manuel y también inmenso *cantaor,* ensombrecido quizá por la gloria del hermano; el aire siguiriyero de Tomasa lleva la marca de la familia, su aroma, y fue impagable la versión que ella nos dio. Y Pies de Plomo, payo con apellido y ascendencia italianos, salió cantando por *soleá* para quitar el sentido, como en los fandangos del Carbonerillo y las bulerías caracoleras. En el mismo programa estuvo Antonio Núñez, *Chocolate,* en noche de inspiración.

Lo que es Cádiz nos brindó la ocasión de conocer otra serie de artistas no profesionales de esa ciudad. Aquí el arte se manifestó de forma aun más químicamente pura, con sus imperfecciones, sus nervios, pero con una emoción cautivadora. La *Fiesta del compás y de la gracia* fue una muestra excepcional de ese arte gaditano delicado, señorial, sin estridencias, que se paladea. Había gente de la familia de la Perla, su viudo, Curro la Gamba; su hijo José Torres, su hermana Manuela, estaba Loli, *La Revoltosa,* una mujer grande y fresca, que nos recuerda la forma de hacer de Juana, *La de Revuelo;* estaba Alfonso, *de Gaspar,* que no debió cantar cuplés; estuvieron los hermanos Pablito y Jineto, dos *bailaores* con muchos años, muchos kilos y mucho arte; estuvo el *tocaor* Miguel Borrull, cuyas vueltecitas de baile, con señorío, con distinción, con gracia incomparable, fueron una maravilla; y La Polvorilla, una joven con voz y con maneras en varios estilos de bulerías, con otros más... *Lo que es Cádiz* es... mucho Cádiz.

Y Jerez. Lo de Jerez fue demasiado. Sólo ver a esas dos viejecitas en el escenario, dos pavesas encorvadas, Tía Anica, con 84 años; Tía Juana, con cerca de 80, conmovía y enternecía. Alegres, felices de verse acogidas así, con aclamaciones, por un público enduendado. La Piriñaca, que salió apoyándose en un bastón, dijo el primer *¡ay!* siguiriyero, y todos nos quedamos mudos, escalofriados. Cantó cortito, porque ya no puede, pero conserva el *rajo,* el eco de un arte que casi es sólo reliquia en unas cuantas voces como la suya. Tía Juana, *la del Pipa,* hizo también lo suyo, dio sus vueltecitas, derramó primores al son *buleariero* que le hacían las gitanas y los gitanos que estaban allí con ella. Estos gitanos llevan ese arte en la sangre, porque es algo que no se puede aprender, y que yo no puedo tampoco explicar. La fiesta por bulerías que llenó la segunda parte de este programa quedará en la historia, porque creo que jamás va a poder repetirse algo así. Fue una explosión, un gozo, una borrachera de arte, que oficiaron gentes especialmente dotadas para ello, como el Nano de Jerez, con su padre, Tío Juani, y su hermano El Gordo; Mariquita Soleá y Tita, hermanas del llorado Terremoto; Tía Juana y su hija Juana Fernández, María la Burra, hija del recientemente fallecido Tío Gregorio el Borrico; El Mono, La Curra, Luisa Torrá, Loli Carpio, las guitarras de Moraíto Chico y Carbonero... Y a mí, y a cuantos tuvimos el privilegio de encontrarnos esa noche allí, nos quedará para siempre en la memoria y el corazón la imagen de unos pasitos que se marcó, con ayuda de su bastón y levantándose el vestido con la otra mano, con duende, con una gracia infinita, Tía Anica la Piriñaca. Mucho arte. Mucho arte.